
ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Chipre. Ante el castillo.

Entran CASIO y algunos MÚSICOS.

CASIO.—Tañed aquí, señores; premiaré vuestros esfuerzos. Algo corto, y después, «Salud al general.» (Música.)

Entra el BUFÓN.

BUFÓN.—Vaya, señores, ¿han estado en Nápoles esos instrumentos, que así hablan por las narices?

Mús. 1.º—¿Cómo, señor, cómo es eso?

BUFÓN.—Con permiso, ¿son instrumentos de viento?

Mús. 1.º—Sí, señor. Por supuesto que lo son.

BUFÓN.—¡Ya! pues eso trae cola.

Mús. 1.º—¿Cómo que trae cola?

BUFÓN.—Sí, señor; muchos instrumentos de viento que yo me sé, traen cola. Pero, señores, aquí tenéis dinero; y el general de tal manera estima vuestra música, que os ruega encarecidamente que no hagáis más ruido con ella.

Mús. 1.º—Pues, señor, no haremos ruido.

BUFÓN.—Si tenéis música que no se oiga, á ello; pero dicen que al general no le agrada grandemente oír música.

MÚS. 1.^o—No tenemos música de esa clase.

BUFÓN.—Pues entonces recoged vuestras gaitas, que yo me voy. Idos; desvaneceros en el aire; largo de aquí. (Vanse los músicos.)

CASIO.—¿Quieres oirme, buen hombre?

BUFÓN.—No quiero oiros, buen hombre; pero oigo.

CASIO.—Déjate, por Dios, de equívocos. Toma esta monedilla de oro. Si la dama que acompaña á la mujer del general está levantada, dile que un tal Casio suplica que le conceda un rato de conversación. ¿Lo harás?

BUFÓN.—Ya se ha rebullido, y si quiere rebullirse hacia aquí, se lo notificaré.

CASIO. Hazlo, amigo. (Vase el Bufón.)

Entra YAGO.

Felices días, Yago.

YAGO. ¿Al lecho no habéis ido, por lo visto?

CASIO. No; pues al separarnos ya era día.

Llamar me he permitido á vuestra esposa,
Yago, por ver si proporción procura
Para que yo á Desdémona hablar pueda.

YAGO. Ahora á veros vendrá. Yo, mientras tanto,
Me ingeniaré para llevarme al Moro,
Y así podréis hablar con más franqueza.

CASIO. Mis gracias aceptad. No he visto nunca

(Vase Yago.)

Mejor ni más honrado Florentino.

Entra EMILIA.

EMIL. Buenos días, teniente; mucho siento
La desazón, que es de esperar termine.
Del caso el general habla á su esposa,

Que intercede por vos: responde el Moro
 Que el herido gran fama y relaciones
 En Chipre tiene, y la razón le impulsa
 A rechazaros: su amistad, no obstante,
 De más intercesor no necesita;
 Y que intenta coger, en cuanto pueda,
 La primera ocasión por los cabellos,
 Para haceros tornar.

CASIO. Pero suplico,
 Si os parece oportuno y es factible,
 Que hagáis que yo converse breve rato
 Con Desdémona.

EMIL. Bien: entrad si os place;
 Y os llevaré donde podáis tranquilo
 De vuestra cuita hablar.

CASIO. Os doy las gracias.
 (Vanse.)

ESCENA II.

Habitación en el castillo.

Entran OTELO, YAGO y CABALLEROS.

OTELO. Yago, entrega estas cartas al piloto:
 Que mis respetos al Senado ofrezca.
 Venme á buscar después al parapeto,
 En donde pasearé.

YAGO. Seréis servido.

OTELO. ¿Queréis estas defensas ver, señores?

CAB. Guiad, señor, si os place.

ESCENA III.

El jardín del castillo.

Entran DESDÉMONA, CASIO y EMILIA.

- DESD. Descuidad, Casio amigo; en vuestra causa
Todas mis artes emplear pretendo.
- EMIL. Hacedlo, sí, señora: os aseguro
Que este suceso á mi marido aflige
Como si suyo fuera.
- DESD. Es un hombre de bien. Creedme, Casio;
Haré que vos y que mi dueño amigos
Seáis cual ántes.
- CASIO. Bondadosa dama,
Ocurra lo que ocurra á Miguel Casio,
Siempre será vuestro rendido siervo.
- DESD. Gracias; lo sé. Gran amistad os une
Á mi señor; por tanto, estad seguro
De que razón política tan sólo
Vuestra actual distancia determina.
- CASIO. Sí; mas esa razón, señora, puede
Tanto tiempo durar y alimentarse
De tan sutil é insustancial materia,
Ó renovarse por tan fútil causa,
Que, ausente y reemplazado, mi cariño
Y mi valer el general olvide.
- DESD. No temáis: ante Emilia, os aseguro
Que obtendréis vuestro puesto; y confianza
Tened en mí, que, si un favor prometo,
Á la letra lo cumplo. Ni descanso

Logrará mi señor: cuando tranquilo,
 No cesará mi voz de importarle.
 Su lecho será cátedra; su mesa
 Confesonario; á quanto hacer intente
 Ingeriré la pretensión de Casio.
 Casio, alegraos, pues, la muerte sólo
 Anulará la protección que os brindo.

EMIL. Señora, ahí viene el amo.

CASIO. Dios os guarde.

DESD. Esperaos, y oídme.

CASIO. No, señora;
 Ahora no, que me hallo mal dispuesto
 Para hablar de mí mismo.

DESD. Como os plazca.

(Vase Casio.)

Entran OTELO y YAGO.

YAGO. ¡Ah! No me agrada esto.

OTELO. ¿Qué dijiste?

YAGO. Nada, señor, ni yo lo sé siquiera.

OTELO. ¿No es Casio quien hablaba con mi esposa?

YAGO. ¿Casio, señor? no tal: no me parece
 Que á hurtadillas se hubiera retirado
 Cuando llegasteis.

OTELO. Él era, sin duda.

DESD. Bien vengas, dueño mío.
 Hablaba con humilde pretendiente,
 Que hoy á la sombra está de tus favores.

OTELO. ¿Á quién aludes? díme.

DESD. Á Casio, tu teniente, dueño amado.
 Si magia alguna, ó si poder ejerzo
 En tu espíritu, acepta sus excusas;
 Que, si sinceramente no te ama,
 Y si no obró más bien por ligereza

Que por maldad, la faz del hombre honrado
Juzgar no sé; perdónalo.

OTELO. ¿Salía
Él ahora?

DESD. Sí tal; tan abatido,
Que participe yo de su tristeza,
Sufro también. Rehabilitarlo debes,
Amor mío.

OTELO. Desdémóna querida,
Hoy no, más adelante.

DESD. ¿Será pronto?

OTELO. Pronto, por tí, será.

DESD. ¿Cuándo cenemos?

OTELO. No, en esta noche no.

DESD. ¿Mañana entonces,
A la hora de comer?

OTELO. No cómo en casa;
Junta en la ciudadela habrá de jefes.

DESD. Pues al anoecer, ó bien el martes
Temprano, al mediodía, ó por la noche,
O al despuntar el miércoles: te ruego
Que el plazo fijes tú, pero que sea
Dentro de los tres días; te aseguro
Que se halla arrepentido; y, bien mirado,
Su falta (salvo que en la guerra dicen
Que escarmiento han de ser aun los mejores)
No es falta que merece la censura
De hombre á hombre. ¿Cuándo lo perdonas,
Oteló, dí? Mi mente no concibe
Qué me pidieras tú que te negara,
Ni qué así, vacilante, concediera.
¡Vaya! ¡Con Miguel Casio! ¡Quien su ayuda
Te prestó en tus amores! ¡Que tu parte
Tantas veces tomó cuando yo misma

Te censuré! ¡Costarme tal trabajo
Su perdón! Pues te digo que hago mucho...

OTELO. ¡Por Dios, no más! Que vuelva cuando guste;
Nada te he de negar.

DESD. Favor no es esto.
Es cual rogar que te pusieras guantes,
Comer de un plato, usar de más abrigo,
O una súplica hacerte provechosa
A tí no más. ¡Ah! Si un favor reclamo,
Con que tu amor aquilatar pretenda,
Será difícil, arduo, peligroso
Poderlo hacer.

OTELO No he de negarte nada;
Y, en cambio, yo te pido solamente
Que aquí, solo, me dejes un instante.

DESD. ¿Cómo negarme? Adios, dueño querido.

OTELO. Mi Desdémona, adiós; tardaré poco.

DESD. Emilia, ven. Tú, tus caprichos sigue;
A mí sólo me toca obedecerte.

(Vase Desdémona con Emilia.)

OTELO. ¡Criatura celestial! ¡Dios me maldiga!
Y ¡cómo te amo yo! ¡Retorne el caos
Cuando deje de amarte!

YAGO. Noble jefe.

OTELO. ¿Qué dices, Yago?

YAGO. ¿Al pretender al ama,
Vuestro amor Miguel Casio conocía?

OTELO. Desde el principio al fin. ¿Por qué lo dices?

YAGO. Para satisfacción de mi conciencia;
Por nada más.

OTELO. ¿De tu conciencia, Yago?

YAGO. Que eran ya conocidos ignoraba.

OTELO. Y medió con frecuencia entre nosotros.

YAGO. ¿De veras?

OTELLO. ¡De veras! Sí, de verás. ¿Qué hay en ello?
¿No es honrado?

YAGO. ¡Señor, honrado!

OTELLO. ¡Honrado!

Honrado, sí.

YAGO. No dudo que lo sea.

OTELLO. Dime tus pensamientos.

YAGO. ¡Pensamientos!

OTELLO. ¡Pensamientos! ¡Dios justo! Me repite,
Cual si un monstruo en su mente se escondiera
Horrendo, por demás, para mostrarse.
Algo das á entender. Hace un momento
Te oí decir, que «á tí no te agradaba,»
Al despedirse Casio de mi esposa.
Y ¿qué no te agradaba? Y al decirte
Que fué mi confidente en mis amores,
«¿De verás?» exclamaste; y tu entrecejo
Contragiste y frunciste, cual si imagen
Feroz en tu cerebro comprimieses.
Díme tus pensamientos si me aprecias.

YAGO. Señor, sabéis que os quiero.

OTELLO. No lo dudo.

Porque sé que eres noble y que me estimas,
Y porque sé que tus palabras mides,
Me estremecen así tus reticencias.
Son artificios esos, usüales
Entre la gente desleal y falsa;
Pero en el justo son revelaciones
De recto corazón, que se denuncia
Sin poderlo evitar el albedrío.

YAGO. En cuanto á Miguel Casio, juraría
Que es un hombre de bien.

OTELLO. Así lo creo.

YAGO. Los hombres deben ser lo que parecen,

O nos valiera más que hombres no fueran.

OTELO. Es verdad; deben ser lo que parecen.

YAGO. Pues cual hombre de bien estimo á Casio.

OTELO. Hay algo más en esto: te suplico
Que digas lo que piensas, lo que rumias,
Y tus más negros pensamientos viste
Con las frases más negras.

YAGO. Perdonadme,
Señor; aunque lealtad sin fin os debo,
No debo yo lo que ni el siervo debe.
¡Mis pensamientos publicar! ¡Indignos
Decid que son y falsos! ¿Cuál el alma
Que jamás la impureza ha mancillado?
¿Dónde pecho tan puro, que no sea
A veces tribunal donde debaten
El recto juicio y la procaz astucia?

OTELO. Contra tu amigo tú, Yago, conspiras,
Si juzgas que lo engañan, y á su oído
Dejaras ignorar tu pensamiento.

YAGO. Oíd: como quizás aventurados
Mis juicios sean—sé que mi carácter
Me induce á escudriñar imperfecciones,
Y que mi mismo celo muchas veces
Faltas fraguar me hace que no existen,—
De vuestra clara inteligencia espero
Que del que así sus juicios aventura
Ni caso hagáis ni consintáis que os turbe
Con cálculos dudosos y sin tino.
Ni á vuestro bien ni á vuestra paz conviene,
Ni á mi carácter varonil se amolda,
Ni á mi honradez ni inteligencia cuadra
Decir mis pensamientos.

OTELO. ¿Qué insinúas?

YAGO. La fama en la mujer, como en el hombre,

Es la joya, señor, de más valía.
 Despojos roba quien mi bolsa roba;
 Es algo; es nada; porque, siendo mía,
 Hoy es suya, y esclava fué de miles.
 Pero aquel que me roba mi buen nombre,
 Me roba lo que en nada le enriquece,
 Y pobre á mí me deja.

OTELO. ¡Vive Dios! Yo sabré tus pensamientos.

YAGO. Jamás; aunque estuviese en vuestra mano
 Mi corazón, ni mientras yo los guarde.

OTELO. ¡Ah!

YAGO. De los celos defended el alma,
 De ese monstruo, señor, de turbios ojos
 Que engendra el alimento que devora.
 Feliz el deshonrado que, seguro
 De su desdicha, á su rival detesta.
 Mas ¡ay! malditos los instantes corren
 Del que adora, y sospecha, y duda y ama.

OTELO. ¡Ay, triste!

YAGO. Es rico asaz el pobre satisfecho;
 Es invernal penuria la riqueza
 Para quien teme sin cesar ser pobre.
 Dios libre al alma del amigo mío
 De los celos.

OTELO. ¿Por quién? ¿Por quién lo dices?
 ¿Piensas tú que, celoso, correría
 A la par de las fases de la luna,
 Con sospechas diarias mi existencia?
 No: dudar una vez es decidirse
 De una vez. Fuera yo manso cordero
 Si, á compás de tus juicios temerarios,
 Mi espíritu nutriera en absoluto
 Con tus vanas é indignas conjeturas.
 Oír no me da celos que mi esposa

Es bella, gasta lujo y busca el trato;
 Que es decidora, y canta y tañe y baila:
 A la virtud realzan estas dotes.
 Ni en mis escasos méritos motivo
 Veré jamás para temor ni duda,
 Pues ojos tuvo y me escogió. No, Yago;
 Antes ver que dudar: dudando, pruebas:
 Con pruebas á la vista, resta sólo
 Del amor despojarse ó de los celos.

YAGO. Me place. De ese modo me es posible
 Mi cariño y lealtad patentizaros
 Con más franqueza. Mi deber me impone
 Esto decir—no hablamos aún de pruebas:—
 A Casio vigilad y á vuestra esposa:
 Ojo avizor; ni incauto ni celoso.
 De la bondad no dejaré que abusen
 De vuestro noble y cándido carácter.
 Observad; yo conozco á mis paisanos.
 En Venecia se deja que los cielos
 Contemplan travesuras que se esconden
 De los maridos. Sirve la conciencia
 Para no hacerlo, no: para ocultarlo.

OTELLO. ¿Eso dices?

YAGO. Casándose con vos, burló á su padre:
 Temblaba, al veros, con pavor fingido
 Cuando os amaba más

OTELLO. Verdad es eso.

YAGO. ¡Pues vamos! Quien tan joven ya sabía
 Así fingir, que los paternos ojos
 Selló como con cera... ¡Y él pensaba
 Que eran hechizos! Pero ¡qué imprudencia!
 Mi cariño excesivo perdonadme.

OTELLO. Agradecido te estaré por siempre.

YAGO. Observo que os conturba lo que digo.

OTELO. No tal, no tal.

YAGO. A fe que lo recelo.
Pensad que lo que hablè mana tan sólo
De mi cariño. Mas ¡estáis turbado!
No torzáis el sentir de mis palabras,
Cuyo alcance no llega más que á dudas.

OTELO. No lo haré.

YAGO. Si lo hicierais, mi discurso
A un extremo, quizás, conduciría
Que ni pude pensar. Amigo mío
El noble Casio es... Pero turbado
Estáis, señor.

OTELO. Mi turbación no es cosa:
A Desdémona honrada considero.

YAGO. Que por siempre lo sea, y que por siempre
Como tal la estiméis.

OTELO. Y, sin embargo,
Si el sendero perdió naturaleza...

YAGO. Ese es el caso: porque, francamente,
No aceptar tanto enlace convenido
Con gente de su patria, raza y rango,
Como era natural á todas luces...
¡Bah! semejante voluntad viciada
Indica desarreglo y alma enferma;
Mas... perdonadme. Al asentar mi tesis,
A este caso especial no me refiero.
Mas temo yo que si á su recto juicio
En un momento su capricho cede,
Os vaya á comparar con sus paisanos
Y se arrepienta.

OTELO. Adiós, adiós. Si sabes
Alguna cosa más, que me lo digas.
Que observe tu mujer. Déjame, Yago.

YAGO. Quedad, Señor, con Dios. (Yéndose.)

Un rincón conservar en mis amores.
 Más es la plaga del soberbio; tiene
 Aun menos privilegios que el humilde.
 Fatal es cual la muerte su destino:
 Plaga oprobiosa que, al nacer, el hado
 Nos decretó. Desdémona se acerca.
 ¡Si falsa es, de sí se burla el cielo!
 No lo puedo creer.

Vuelven á entrar DESDÉMONA y EMILIA.

- DESD. Oteló mío,
 ¿Qué te pasa? Te espera la comida
 Y los nobles isleños que invitaste.
- OTELO. Mi culpa es.
- DESD. ¿Por qué tan quedo hablas?
 ¿No estás bueno?
- OTELO. Dolor siento en la frente.
- DESD. Esõ es de velar; pronto se cura.
 Te ataré mi pañuelo. En una hora
 Pasará.
- OTELO. Tu pañuelo es muy pequeño.
 (Separándose el pañuelo, que cae al suelo.)
 Déjalo estar. Iré contigo: vamos.
- DESD. Que no te encuentres bien me desconsuela.
 (Vanse Oteló y Desdémona.)
- EMIL. Me alegra haber hallado este pañuelo,
 Que el regalo primero fué del Moro.
 Cien veces mi tiránico marido
 Robarlo me mandó. Mas en estima
 Ella lo tiene; que él la instó que siempre,
 Para hablarle y besarlo, lo tuviera
 Cerca de sí. Copiar quiero el bordado,
 Y á Yago lo daré. Para qué objeto
 Lo querrá, sabe Dios; no yo, que sólo

Satisfacer pretendo su capricho.

Vuelve á entrar YAGO.

YAGO. Vamos á ver, ¿tan sola qué te haces?

EMIL. No riñas; para tí tengo una cosa.

YAGO. ¿Una cosa! Será cosa cualquiera.

EMIL. ¿De veras?

YAGO. Una esposa casquivana.

EMIL. ¿Y nada más? Di, ¿cuánto me darías
Por el pañuelo aquél?

YAGO. ¿Por qué pañuelo?

EMIL. ¿Por qué pañuelo? Por aquel que el Moro
A Desdémona dió de amor en prenda,
Y tenaz me pediste que robara.

YAGO. ¿Lo robaste?

EMIL. No tal: se le ha caído.
Lo cogí, la ocasión aprovechando,
Y aquí está.

YAGO. Venga, pues, gentil criatura.

EMIL. ¿Qué vas á hacer con él, que tanto empeño
En lograrlo tuviste?

YAGO. (Arrebatándosele.) No te importa.

EMIL. Si no es para asunto de importancia,
Devuélvemelo ya. Pobre ama mía,
Loca se va á volver si no lo encuentra.

YAGO. Aparenta ignorar. Falta me hace.

Ahora véte. (Vase Emilia.)

En la mansión de Casio

Pierdo el pañuelo para que él lo encuentre.

Vanas trivialidades el celoso

Cual dogmas evangélicos admite.

Podrá ayudar. El Moro transformado

Está con mi ponzoña. Son veneno

Los juicios temerarios en esencia:

Inseparables de la lid gloriosa.
 Y vosotras, ¡oh máquinas de muerte,
 Cuyas rudas gargantas reproducen
 La voz terrible del potente Jove,
 Adiós! Cesó la ocupación de Oteló.

YAGO. ¿Es posible, señor?

OTELO. Infame, pruebas.
 Prueba tú que es adúltera mi esposa;
 Dame prueba ocular; ó, te lo juro
 Por la eterna salud del alma humana,
 Más te valiera can haber nacido
 Que responder á mi iniciada furia.

YAGO. ¿A esto vino á parar?

OTELO. Haz que lo vea,
 O pruébalo, á lo menos, de tal modo,
 Que no quede salida ni resquicio
 Por donde pueda deslizar la duda,
 O pagas con tu vida.

YAGO. Noble amo...

OTELO. Si la infamaste, dándome tormento,
 No reces más: renuncia á tu conciencia;
 Horrores sobre horrores acumula;
 Haz por que el cielo lágrimas derrame.
 Y espanta al universo: no es posible
 Que tu eternal condenación acrezcas.

YAGO. ¡Dios y el cielo me amparen! ¿Y sois hombre?
 ¿Tenéis alma y sentido? ¡Dios os gufe!
 Arrojadme de vos. ¡Necia criatura!
 ¡Vivir y ver que su virtud es vicio!
 ¡Mundo cruel! Aprende, aprende, ¡oh mundo!
 Ser honrado y veraz es peligroso.
 Gracias por la lección; ni más amigos
 He de tener, pues la amistad ofende.

OTELO. No, quédate. Por fuerza, eres honrado.

- YAGO. Discreto debo ser: de sus afanes
Arroja el fruto la honradez imbecil.
- OTELO. ¡Vive Dios! Pura á mi mujer estimo,
Y, al par, que no lo es, que tú eres bueno,
Y que bueno no eres: quiero pruebas.
Su nombre, puro cual la casta luna,
Ahora se ve manchado y denegrido
Como mi faz. Si hay cuerdas ó puñales,
Ponzoña, ó fuego, ó ríos procelosos,
No lo soportaré. ¡Pruebas, Dios mío!
- YAGO. Observo que el dolor el alma os roe,
Y de haberlo excitado me arrepiento.
¿Pruebas quisierais vos?
- OTELO. ¿Que las quisiera?
Las exijo.
- YAGO. Sí tal. Mas ¿de qué modo?
¿Cuáles pruebas, señor? Groseramente
Espectador de vuestro propio agravio,
Quisierais vos...
- OTELO. ¡Oh maldición eterna!
- YAGO. Dificil me parece que sería
Ver nunca ese espectáculo. ¡Malhaya
Si otros humanos ojos que los suyos
Los pueden contemplar: esto sentado,
¿Qué he de decir, ni cuáles son las pruebas?
Que vos lo presenciéis, es imposible;
Ni que fueran ardientes como cabras,
Lujuriosos cual monos, ó salaces
Como lobos en celo, ó tan estultos
Cual puede serlo la ignorancia ebria.
Pero debo añadir: si presunciones,
Si vehementes indicios, que tenaces
De la verdad al pórtico conducen,
Aceptáis como pruebas, tendréis pruebas.

OTELO. Dáme de su traición un testimonio.

YAGO. El cargo no me place.

Mas ya que en esta empresa me he metido,
 Por mi obtusa honradez y amor guiado,
 Continuaré. Con Casio descansaba
 Ha poeo, y un dolor crüel de muelas
 Que conciliara el sueño me impedía.
 Hay personas de espíritu tan libre,
 Que sus negocios al soñar descubren,
 Y Casio de estas es. Mientras soñaba
 Le oí decir: «¡Desdémona, bien mío,
 Nuestro amor, cautelosos, ocultemos!»
 Después mi mano con afán oprime,
 Y exclama: «¡Dulce prenda!» y besa ansioso,
 Cual si arrancara de raíz los besos
 Que juzgaba crecer sobre sus labios.
 Después suspira y besa, y luego añade:
 «¡Suerte maldita que te entrega al moro!»

OTELO. ¡Horror! ¡Horror!

YAGO. Mas son tan sólo sueños.

OTELO. Pero hechos consumados patentizan,
 Y dan luz, aunque sólo sueños sean.

YAGO. Y otras pruebas, tal vez, así se espesen,
 Sutiles por demás.

OTELO. La haré pedazos.

YAGO. No señor. Discreción. Nada hemos visto;
 Aun puede ser honrada. Mas decidme:
 ¿Habéis visto en poder de vuestra esposa
 Un pañuelo de fresas moteado?

OTELO. Tal le dí yo. Fué mi primer presente.

YAGO. No sé. Mas hoy con uno semejante
 (Que era el de vuestra esposa juraría),
 Casio limpió su barba.

OTELO. ¡Si ese fuera!

YAGO. Si ese fuera, ó cualquier otro pañuelo,
Contra ella hablara á lo restante unido.

OTELO. ¡Ah! ¡Tuviera ese esclavo diez mil vidas!...

¡Para vengarme es pobre y débil una!

Me convencí por fin. Escucha, Yago:

Así todo mi amor lanzo á los aires:

Se fué.

¡De tu antro oscuro sal, negra venganza!

¡Cede, amor, tu corona; cede el trono,

Fijo en mi corazón, á odio tirano.

¡Hinchate, pecho, con tu horrible empresa;

Con las lenguas de áspides que anidas!

YAGO. Tranquilizaos.

OTELO. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!

YAGO. Calma, señor. Podéis arrepentiros.

OTELO. Yago, jamás. Cual del Euxino Ponto

Corriente helada avanza irresistible,

Sin reflujo, con ímpetu constante,

Al Propóntide va y al Helesponto;

Así mis pensamientos, sanguinarios

Fluyen veloces sin cejar un punto,

Sin refluir á plácidos afectos,

Hasta que atroz venganza los engolfe.

Ahora, por ese cielo tachonado,

Con la veneración anexa á un voto,

Mi palabra á cumplir aquí me obligo. (Se arrodilla.)

YAGO. No os levantéis. (Se arrodilla.)

Lumbreras eternas,

Escuchad; elementos que nos ciñen,

Escuchad. Aquí Yago inteligencia,

Manos y corazón cede en ventaja

Del injuriado Oteló. Que él disponga:

Por sanguinaria empresa que ordenare,

No cumplir su mandato será crimen.

OTELO. Y yo saludo á tu amistad, que acepto
Y no con huecas gracias reconozco.
En este instante he de ponerla á prueba:
Ven dentro de tres días á decirme:
«Casio no vive ya.»

YAGO. Murió mi amigo:
Fué vuestra voluntad; mas ella viva.

OTELO. ¡Vil mozueta! ¡Malhaya; sí, malhaya!
Vamos, vente conmigo. Medios busco
Con los que pueda dar rápida muerte
Al bello Lucifer. Tú desde ahora
Mi teniente serás.

YAGO. Y siempre vuestro. (Vanse.)

ESCENA IV.

Ante el castillo.

Entran DESDÉMONA, EMILIA y BUFÓN.

DESD.—Oye tú. ¿En dónde pára el teniente Casio?

BUFÓN.—No me atrevo á decir que pára en parte alguna.

DESD.—Hombre, ¿por qué?

BUFÓN.—Es militar, y considerar parado á un militar
cuesta la vida.

DESD.—Vaya en gracia. ¿En dónde habita?

BUFÓN.—Eso es lo que me pára.

DESD.—¿Qué se puede sacar en limpio de esto?

BUFÓN.—Como no sé dónde habita, inventar alojamiento
y decir que pára aquí ó que pára allí, fuera dis-para-tar.

DESD.—¿Quieres averiguarlo preguntando?

BUFÓN.—Catequizaré al mundo entero, es decir, preguntaré y responderé de conformidad.

DESD.—Búscaló, y díle que aquí venga; que he intercedido por él con mi esposo, y que confío en que todo se arreglará.

BUFÓN.—Cabe esta empresa dentro del círculo de la inteligencia humana, y por lo tanto, la emprenderé. (Vase.)

DESD.—¿Dónde he perdido, Emilia, mi pañuelo?

EMIL.—Señora, no lo sé.

DESD. Pues te aseguro que mejor quisiera
Perder mi bolsa llena de cruzados.
Si no fuese porque es mi noble Moro
Dē alma tan leal, y tan exento
De esas bajezas que al celoso turban,
Para hacerle dudar esto bastara.

EMIL. ¿No es celoso?

DESD. ¿Quién, él? Su sol nativo
Pienso que en él secó tales manías.

EMIL. Ahí llega, ved.

DESD. Hasta que Casio torne
No cejaré.

Entra OTELO.

¿Como, señor, te encuentras?

OTELO. Muy bien, prenda querida. (Ap.) ¡Oh, cuán penoso
Disimular!) Desdémona, ¿y tú, dime?

DESD. Mi dulce dueño, bien.

OTELO. Dáme tu mano.
Húmeda está, señora.

DESD. No conoce
Ni la edad ni las penas todavía.

OTELO. Fecundidad arguye y franco pecho;
Ardiente, ardiente y húmeda: requiere
Perder su libertad, rezos y ayunos;

Gran penitencia, pláticas piadosas;
Que el sudante diablillo que aquí veo
Se suele rebelar: mano excelente,
Mano franca.

DESD. Verdad; puedes decirlo,
Pues dí mi corazón con esa mano.

OTELLO. Es mano liberal. En otros tiempos
Las manos regalaban corazones:
Hoy la moderna heráldica no pide
Corazones, con manos se contenta.

DESD. No entiendo. Vamos, tu promesa cumple.

OTELLO. ¿Qué promesa, paloma?

DESD. Para hablarte
Ahora Casio vendrá.

OTELLO. Catarro fuerte
Hoy me atormenta. Dáme tu pañuelo.

DESD. Aquí está.

OTELLO. Dáme aquel que yo te he dado.

DESD. No lo tengo.

OTELLO. ¿Que no?

DESD. No, dueño mío.

OTELLO. Desgracia grande es. Ese pañuelo
Don á mi madre fué de una gitana:
Era hechicera, y descifrar sabía
Pensamientos ajenos. Mientras fuese
Suyo, le dijo, sin cesar mi padre
La amara, bella siempre ante sus ojos.
Perdido ó regalado, despreciada
Por él eternamente se vería,
Su espíritu cazando nuevos goces.
Legómelo al morir; y, si la suerte
Me destinaba, acaso, para esposo,
Me encargó que á mi esposa lo entregara.
Tal hice yo. Pues bien, medita en ello;

Vale más que las niñas de tus ojos;
Perderlo ó regalarlo causaría
Perdición á ninguna semejante.

DESD. ¿Es posible?

OTELO. Es verdad. En su tejido
Hay magia. Una Sibila, que completos
Del sol doscientos círculos contaba
En este mundo, terminó la obra
En su furor profético. Benditos
Los gusanos creadores de esa seda
Estaban; y en un bálsamo, sacado
Con ciencia magistral de corazones
De vírgenes, la tela fué teñida.

DESD. Pero, ¿cómo, es verdad?

OTELO. Sin duda alguna,
Y, por tanto, de él cuida.

DESD. ¡A Dios pluguiera,
Entonces, que jamás lo hubiera visto!

OTELO. ¡Ah! ¿Por qué?

DESD. ¿Por qué tan excitado é iracundo?

OTELO. ¿Perdido está? ¿Despareció? Responde.
No lo tienes.

DESD. ¡Los cielos nos amparen!

OTELO. ¿Qué dices?

DESD. Perdido no. Mas ¿qué, si lo estuviese?

OTELO. ¿Cómo?

DESD. No lo he perdido, te repito.

OTELO. Vé por el; que lo vea.

DESD. Bien podría

Traerlo, mas ahora no lo hago.

Mi súplica eludir así pretendes.

Oye. Quiero que á Casio rehabilites.

OTELO. Dáme el pañuelo; mi alma ya recela.

DESD. Calla, calla,

Hombre nunca hallarás de más pericia.

OTELO. El pañuelo.

DESD. Por Dios, habla de Casio.

OTELO. El pañuelo.

DESD. Quien siempre en tu cariño
La base estableció de su fortuna,
De tus riesgos partícipe...

OTELO. El pañuelo.

DESD. Pues, en verdad, la culpa es tuya.

OTELO. ¡Véte! (Vase.)

EMIL. ¿Este hombre, decid, no está celoso?

DESD. Jamás así lo he visto. De seguro
Que ese pañuelo encierra algún hechizo;
Y es gran desgracia para mí perderlo.

EMIL. Un año ó dos la condición del hombre
No revelan. Estómagos tan sólo,
Con ansia nos devoran; mas, saciados,
Nos arrojén. Ved: Casio y mi marido.

Entran CASIO y YAGO.

YAGO. No hay otro medio. Debe hacerlo ella.
Y ¡qué casualidad! Id á rogarle.

DESD. Y bien, amigo Casio, ¿qué noticias?

CASIO. Mi pretensión, señora. Yo os suplico
Que vuestra santa intercesión alcance
Que la amistad yo logre del que aprecio
Con toda el alma. Sepa el resultado:
Si es mi delito de tan negra especie,
Que ni pasados méritos, ni angustias
Presentes, ni propósitos de enmienda
Logran ya su cariño rescatarme,
Saberlo me conviene; porque, al menos,
Me vestiré satisfacción forzada,
Obligado á tomar otro camino,

El óbolo buscando de la suerte.

DESD. Gentilísimo Casio, desentona
 Hoy la plegaria mía. Mi marido
 Mi marido no es; y si de aspecto
 Hubiera cual de espíritu mudado,
 No lo conocería. ¡Así me amparen
 Todos los santos! hice cuanto pude;
 Y á punto estuve de sufrir su enojo
 Por mi audacia. Debéis tener paciencia:
 Que cuanto pueda haré; ni tanto osara
 Para mí misma hacer, y que esto os baste.

YAGO. ¿Enojado mi jefe?

EMIL. Ha poco rato,
 Excitado salió sobremanera.

YAGO. ¿Él enojado? Por el aire he visto
 Volar sus filas del cañón á impulsos,
 Y arrebatarle, cual si diablo fuera,
 De sus amantes brazos á su hermano.
 ¿Y él enojado? Caso de importancia
 Debe sin duda ser. Iré á buscarle.
 ¡Serio, si está enojado, es el asunto!

(Vase Yago.)

DESD. Hacedlo, sí. Los públicos negocios
 Sin duda—de Venecia, ó bien oculta
 Traición que en Chipre descubierta ha sido—
 Eso turba su espíritu; y ocurre
 En semejantes casos que batalla
 La humana condición con pequeñeces,
 Aunque nobles propósitos la impulsen.
 Tan es así, que basta que nos duela
 Un dedo sólo, y los restantes miembros
 Del dolor, aunque sanos, participan.
 Pero, además, los hombres no son dioses,
 Ni hay que exigir, tampoco, que nos traten

Como á una novia cuadra. Reconozco
Mi culpa, Emilia: con el alma toda,
Poco leal guerrera, le inculpaba
Por su rigor; mas hallo que el testigo
Que soborné declara con falsía.

EMIL. ¡Plegue al cielo que públicos asuntos!
Le ocupen, cual pensáis, y no quimeras
Que á vos atañen y á triviales celos!

DESD. ¡Válgame Dios! Jamás le dí motivo.

EMIL. Mas al celoso así no se responde,
Pues celoso no está por causa alguna.
Está celoso porque está celoso.
Monstruo que á sí se engendra y de sí nace.

DESD. Dios de Otelo el espíritu proteja
De semejante monstruo.

EMIL. Amén, señora.

DESD. Iré en su busca. Paseaos, Casio,
Que vuestra pretensión, si está propicio,
Procuraré que á realizarse llegue.

CASIO. Humildes gracias aceptad, señora.
(Vanse Desdémona y Emilia.)

Entra BLANCA.

BLAN. Salud, amigo Casio.

CASIO. ¿Qué te hace
Salir de casa, mi preciosa Blanca?
¿Cómo estás, dulce amor? Iba en tu busca.

BLAN. Yo, Casio, á tu mansión me dirigía.
¡Una semana ausente; siete noches
Y siete días; veinte veces ocho,
Y ocho horas más! Y si el amor las cuenta,
Más lentas corren que el reloj cien veces.
¡Oh triste calcular!

CASIO. Blanca, perdona.

Pensamientos de plomo me oprimfan;
 Pero, en tiempo propicio, resarcirte
 De esta suma de ausencia te prometo.
 Este pañuelo imita, dulce Blanca.

(Dándole el pañuelo de Desdémona.)

BLAN. ¡Oh, Casio! ¿Dónde, dime, lo has hallado?
 Prenda de nuevo amor sin duda es esta;
 La causa de tu ausencia ya me explico.
 ¿Este el fin vino á ser? ¡Válgame el cielo!

CASIO. Anda, mujer; sospecha tan villana
 Contra los dientes de Satán fulmina
 De quien la hubiste. ¿Celos ahora tienes?
 ¿Y que éste es don de una querida juzgas?
 Pues, Blanca, no es verdad.

BLAN. ¿De quién es, dime?

CASIO. Amor mío, no sé. Lo hallé en mi cuarto.
 Me agrada, y, por si acaso lo reclaman,
 Como es fácil, quisiera tener copia.
 Toma, imítalo, y déjame aquí solo.

BLAN. ¿Dejarte? Mas, ¿por qué?

CASIO. Porque ahora aguardo
 Al general; y en mi favor no arguye,
 Ni quiero yo que con mujer me vea.

BLAN. Mas, ¿por qué?

CASIO. No dirás que no te amo.

BLAN. Mas sí, que no me amas. Ven conmigo
 Un corto trecho, y dime si esta noche
 Te debo ver.

CASIO. No más que un trecho corto
 Puedo contigo ir, pues en espera
 Me toca estar; mas te veré en seguida.

BLAN. Cómo ha de ser. Tendré que conformarme.

(Vase.)